209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluído o guardado*, por M. Linares Rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La Hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaidesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Moris.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.



PAQUITA, DELICIOSA Y ABSURDA

La Novela Sugestiva

PAQUITA, DELICIOSA Y ABSURDA

por

HORACIO DE ANTEQUERA

Ilustraciones de
M E L

15

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



¿Se acuerdan ustedes de que nuestra saladísima Paquita solía entrevistarse con el gran don Tito Jardiel y Gutiérrez de Alcolea? ¿No se acuerdan ustedes? Natural, señor. Cómo van a acordarse. Bueno, pues no se ha perdido nada, porque aquí estoy yo para aclararlo todo.

Pues bien; yo os digo que Paquita solía entrevistarse con don Tito—su último amante—en la *garçonnière* de éste, y que éste es un buen mozo, maduro—ahora están de moda—, rico, despepitante...

Por cierto que la última vez que se entrevistaron pasaron un rato delicioso. Verdad es que Paquita estuvo encantadora, contándole sus aventuras, las más interesantes, naturalmente. Porque si se las cuenta todas, tiene cuerda para rato.

Lo antes dicho no quiere decir que Paquita no tenga más cosas que contar. ¡Vaya si las tiene! Y las irá soltando. Lindas aventuras picarescas, perfumadas de galantería. Se me ocurre una bella imagen. Ahí va... Irá soltando Paquita sus perfumadas aventuras galantes como suelta el almizclero su perfumado almizcle. Porque en ella los relatos galantes son como una secreción. Y si no los suelta, estalla.

Vamos por partes. Paquita, después de una interesante charla anecdótica con su amante—puede que hubiera algo más que charla—, se volvió a su hogar—al final de la calle de San Bernardo, como no puede dejar de saber toda persona verdaderamente culta—. Y se marchó a su casa a cenar con su querido, aunque no tanto respetado, esposo, don Higinio Garzón, ilustre y bondadoso profesor particular, que dando clases en colegios se ganaba su vida nuestro hombre. ¿Don Higinio? Sesenta años, cédula personal de novena clase, por más señas, y porque es posible que haga fullerías en el padrón, que todo hay que decirlo.

Paquita y don Tito quedaron citados para el día siguiente no recuerdo en dónde. (Hay que acabar con la tremenda costumbre de que el autor de una historia sepa todo, absolutamente todo lo relacionado con sus personajes.)

Pero he aquí que la menuda casadita—veintiséis años, rubia, menuda, graciosa y tal—faltó

al *rendez-vous*, que decimos los piratas del lenguaje. Don Tito se extrañó mucho de esta falta de formalidad, porque Paquita—bien lo sabía él—para eso de hacer tonterías era de una formalidad catoniana.

Volvió don Tito al día siguiente al lugar de la cita—del que sigo sin acordarme—. Y así tres, cuatro, cinco días.

—¡Bah!—dijo don Tito—. Que se ha cansado... No tiene importancia.

Sí, sí... Creyó el muy presumido que el recuerdo de un terremoto tan simpático como Paquita se pierde en cuanto uno se lo proponga... ¡Qué engaño el suyo! Al décimo día sin ver a Paquita, el pobre don Tito se arrancaba veintisiete pelos de los cuarenta y ocho que le quedaban. A los veinte comía caliches. A los treinta, loco, desesperado, se leía de corrido los folletones de los periódicos.

—Pero ¿qué le pasa a esta criatura? Si le ocurre algo grave, ¿por qué no me escribe? ¿Estará enferma? ¡Paquita, Paquita de mi alma! ¿Por qué así me dejas? ¿Por qué me abandonas?

* * *

¡Qué barbaridad! En este estado de ánimo nos enfrontamos con él ahora. Hace treinta días, un mes, de la desaparición de Paquita. Don Tito está en su despacho. Son las seis y media de la tar-

de, de una terrible tarde de finales de julio. Están abiertas las puertas del mirador que da a la calle del General Pardiñas. Don Tito viste un pijama color de gracia de niño chico, con listas moradas. Acaba de salir del baño, en cuyos líquidos cristales se ha sumergido después de una siesta de tres horas.

Está sentado en una poltrona forrada de gutapercha—a mí no se me va un detalle—, una de esas poltronas con asientos que parecen flanes por su nerviosa movilidad.

Tiene el codo derecho apoyado en el brazo correspondiente de la poltrona. Siguiendo el cuello nos encontramos con un antebrazo, y siguiendo el antebrazo, con una mano, fina y gordezuela, que si yo fuera idiota adjetivaría como muy de abate francés del siglo XVIII. Sobre la palma de esa mano tiene don Tito apoyada la cabeza, en una triste apoyatura de resignación.

Don Tito está triste. ¿Qué tendrá don Tito? Lo peor es que la tristeza le pone una cara de tonto literalmente irresistible.

—¡Agustina! — llama con voz plañidera —. Tráigame un vaso de agua.

En la calle canta una mocita:

«Mi caballo murió,
Mi alegría se fué...»

Llega Agustina con el vaso de agua. Agustina es la criada que le sirve. Una gallegota que anda-



—¡Cielo mío! ¡Nene mío!

rá por los cuarenta, viuda, y, según mis informes, bastante metidita en carnes. Es inútil que se pasen ustedes de listos, porque lo que es esta vez se llevan ustedes el chasco.

No, entre Agustina y su señorito no pasa nada, absolutamente nada. Si lo sabré yo... Entre otras razones, porque es muy comodón don Tito, con sus cuarenta y dos primaveras, solterón, cachazudo, voluptuoso, para arriesgar su tranquilidad—ya es sabido que tranquilidad viene de tranca—frivoleando con la que tan bien como respetuosamente le sirve. Además de que don Tito, sin ser un déspota, ni siquiera un señorito orgulloso, tiene el sano criterio de que a la servidumbre no se le debe dar confianza.

Después de ingurgitar el claro Lozoya, chasquea la lengua y agradece con voz doliente:

—Gracias, Agustina.

La robusta galaica responde:

—De nada, señoritu.

Agustina inicia el mutis. Pero, de pronto, se detiene, se queda mirando a don Tito, se pone colorada—en cambio no se pone colorete—, barbuce unos cuantos sonidos intraductibles y, al fin, explota:

—El señoritu va a perdonarme. Pero... yo no quiero que el señoritu esté triste. El señoritu tiene mal de amores y yo sé quién es la rapaciña que le ha robado el sentidu. ¡Pero hay que alegrase, qué carámbana! Bonita sí que lo era la

indina. Pero el señoritu, con la facha que tiene, puede cambearla por otra en cuanto lo quiera.

—Bien, bien; no me pasa nada, Agustina.

—Pus yo es eso lo que le digu.

Y se va la fámula, cadereando con la gracia fanfarrona de un bergantín pirata.

¡Ay de mí! Don Tito sigue con su tristeza y su cara de... tontu...





L timbre del teléfono sonó. Una llamada de esos nuevos aparatos automáticos, que es como un lamento, como una solicitación de socorro.

—¡El teléfono! ¡Esa es Paquita!

¿Por qué don Tito tiene la seguridad de que quien llama es Paquita? Pues por la sencilla razón de que no ha acabado de ver todavía claramente por qué ha puesto teléfono en casa un hombre como él, que ni tiene negocio alguno y apenas unas cuantas amistades, con todo lo cual le llamará su aparato cuatro o cinco veces al año, concediendo mucho.

¡Es Paquita! ¡Es Paquita!

—¿Eh? ¿Que vienes para acá? ¡Bendita sea tu alma, corazón de mi vida! Pero ¿qué te ha pasado? ¿Ya me contarás? ¿Tardarás mucho? ¿Un

cuarto de hora? No te detengo, no. Hasta ahora mismo, mi vida.

¡Chín-trinquinchín, trinquinchín, chín, chín, chín! ¿Que qué significa esto? Pues pregúntenselo ustedes a don Tito. Yo no puedo decirles más sino que estos eran los sonidos que salían de su boca al colgar el auricular y ponerse a dar esos extraños pasos con que los bailaores de flamenco imitan el ruido de un tren en marcha. Yo no sé más.

Yo creo que los lectores serán lo suficientemente razonables para no pedirme que les describa todas las diabluras e insensateces que cometió don Tito en aquel su tan comprensible rapto de alegría.

Como todo autor tiene virtudes de taumaturgo, yo ordeno y mando que transcurran quince minutos. Ya han transcurrido.

* * *

—¡Paquita! ¡Corazón mío! ¡Vida mía!

—¡Tito! ¡Titito! ¡Titete! ¡Tonto mío! ¡Cielo mío! ¡Nene mío!

Suena un cañoneo de besos. Don Tito abrazándola por la cintura se la lleva al despacho. En cuanto se ve en su dulce penumbra, Paquita le echa los brazos al cuello y se incrusta *talmente* en el cuerpo de su adorado.

Ustedes estarán deseando saber la causa de la dilatada ausencia de Paquita. Yo voy a comunicársela. Y lo haré yo y no Paquita porque ésta es

de una facundia inagotable y va a tardar sus buenas tres horas en despachar el encargo.

Al volver Paquita a su casa después de su última entrevista con don Tito, se halló con la tristísima novedad de que don Higinio Garzón, su esposo, se había puesto repentinamente enfermo. Don Higinio, como todo viejo marido engañado que de algo se precie, padecía de reuma, por poseer la más concienzuda arterio-esclorosis que desearse pueda. En vista de ello, Paquita, esta desenfadada Paquita de nuestras culpas, se olvidó, se desentendió instantáneamente de don Tito.

Porque Paquita, aunque a ustedes les cueste algún trabajo creerlo, tenía un alto concepto de sus deberes, siempre que no se hallaran de por medio las exigencias de su encendida sensualidad. Quería a su esposo con el máximo cariño con que puede querer a su esposo una mujer abandonada por éste en cuanto a esa parte de la oración gramatical que se llama conjunción copulativa. Le quería como podía querer, por ejemplo, a un tío suyo, a un tutor achacoso, pero henchido hacia ella de ternura y bondades. Paquita, pues, le quería, le respetaba—para ella el respeto y la sensualidad eran cosa completamente distintas—, le cuidaba y atendía con los más dulces mimos. Todo lo cual era compatible con la necesidad fisiológica de engañarle con bastante frecuencia.

En este punto era en donde fracasaba la pobre Paquita. Ella lo sentía con toda su alma, pero ella

necesitaba amar... Pues bien, en cuanto vió a su marido en cama, con un intenso y doloroso ataque reumático, Paquita se despidió mentalmente de don Tito. Había llegado la hora de sacrificarse. Mientras aquel pobre hombre no se pusiese bueno, don Tito había dejado de existir para Paquita. Y ni verle, ni avisos telefónicos, ni epístolas, ni nada.

Paquita era así. Así había que tomarla o dejarla. Por otra parte, todo hay que decirlo, Paquita, esta inquieta y admirable Paquita, no es mujer de grandes enamoramientos. Yo que la conozco muy bien puedo decir que todas sus aventuras guardaban muy poca relación con la víscera del principal izquierda. A ella lo que le gustaba... Bueno, no sé cómo decirlo. A ella lo que le gustaba era el amor, en el sentido físico con que los franceses dicen *faire l'amour*. Total: una mujer de temperamento.

Hacía ya cinco días que su marido se había levantado y Paquita, juzgando sus deberes de esposa pródigamente cumplidos, se agarró a un teléfono y avisó a su amante que dentro de unos minutos iría a verlo.

—Perfectamente—dijo don Tito al terminar Paquita su explicación—. Supongo que no saldrás de aquí hasta las diez de la noche.

—¡Chico, eres de una penetración maravillosa!—exclamó ella palmoteando de alegría.

—Tú sí me permitirás que te diga que eres una mujer absurda.

—Puedes decirme lo que quieras.

—Paquita, eres la mujer más absurda que habita este odioso planeta al cual llamamos tierra. ¿No te enfadas?

—Yo no. Que se enfade el planeta por lo de odioso. ¿Cómo quieres que me enfade si tienes razón? ¿Que soy una mujer absurda? Ya lo sé. Y hasta te diría que tengo a orgullo el parecerlo. Generalmente, una mujer de mi... facilidad, suele abandonar todos, absolutamente todos sus deberes. Yo no. Yo quiero a mi marido, a mi manera, pero le quiero. Lo que pasa es que yo no tengo culpa de que la naturaleza me haya dotado de ciertas exigencias temperamentales.

Lo más extraño fué que la sin par Paquita se puso súbitamente seria.

El no podía dar crédito a sus ojos.

—¿Qué te pasa?—le preguntó.

—Nada.

—Tan alegre como viniste, y ahora, de pronto...

—No me hagas caso. Soy un laberinto.

Se hizo una pausa, rota al cabo por Paquita con estas palabras:

—¿Tú crees que yo debo enamorarme de ti?

—Naturalmente. Tienes la obligación expresa de enamorarte de mí.

—¿Tú crees?... Yo creo que no.

—¿Quieres decirme de una vez qué te pasa a ti hoy?

Y ella, asumiendo una actitud francamente grave, repuso:

—Desde luego, vas a saber lo que me pasa a mí hoy. Solo que no lo sabrás, como tú me pides, *de una vez*. Vas a saberlo por partes. Comienza por saber que, en efecto, algo me pasa.

—¿Y es?...

—Que por mi alegría al verte he comprobado una sospecha que tenía hace algún tiempo: que empiezo a enamorarme de ti.

—De lo que yo me congratulo con toda mi alma.

—Y en lo que haces muy mal. Yo te lo garantizo. En segundo lugar, has de saber que para mí es un disgusto enorme esto de saberme enamorada de ti. En tercer lugar, te comunico que he resuelto en este mismo instante cortar de raíz este enamoramiento.

El prorrumpió en una carcajada.

—¿Te ríes?

—Porque eres de una deliciosa comicidad irresistible.

—Ya te convencerás de que estás cometiendo un gran error: el de creer que Paquita, pese a todas las desazones de su temperamento, no es una mujer seria.

No sé si para apoyar la gravedad de sus palabras o por cualquier otra razón, saltó sobre las rodillas del amante y volvió a abrazarse a su cuello.

—Mira, Tito—prosiguió—. Por razones mías, muy profundas razones, que tú no sabrás hasta el momento oportuno, yo quiero que nos amemos esta tarde más que nunca. Son las cuatro... Hasta las diez de la noche, hora en que no tengo más remedio que marcharme, tenemos tiempo para estas tres cosas: para que yo escriba una carta, para amarnos intensamente y para que yo te cuente dos aventuras mías que tú no conoces.

—Me parece el programa estupendo, salvo en lo de la carta. ¿Qué carta es ésa?

—Un misterio.

—¿Y hasta cuando seguirá siendo un misterio para mí?

—Hasta dentro de unas horas.

—Me resigno.

Ahora expliquemos por qué le parecieron admirables a don Tito los otros dos extremos del programa. El de amarse intensamente, desde luego, no necesita explicación... El del relato de dos aventuras de Paquita se explica por el hecho de que don Tito había disfrutado por modo indecible oyéndola contar casos deliciosos de su vida de mujer de amor. Paquita le había asegurado que ya le había referido todas sus aventuras amorosas menos dos. Y estas dos últimas eran las que hoy le prometía. Para ser en todo excepcional, Paquita afirmaba que todos sus amantes supieron siempre todas sus aventuras. Por lo visto, su lema era: «Aquí no se engaña a nadie.» Fundamentaba

ella su prurito relator en el comprobado fenómeno de que los hombres se interesaban tanto más por ella cuanto más desenfadadamente descorría el velo de su pasado amatorio.

—¿Me das la seguridad de que esas dos aventuras que vas a contarme son las dos únicas que te quedaban inéditas?

—Te lo juro.

—¿Y por qué no me las has contado ya?

—Porque tengo el buen gusto de irlas espaciando para que se mantenga el interés. Con todos los hombres me ha pasado lo mismo: en cuanto saben de mí todo lo que tenían que saber, ya no les intereso.

—Muy bien. Según eso, desde hoy ya no me interesarás.

—No, señor.

—Explícate...

Y con una sonrisa que era un poema de picardía:

—Porque pienso hacerte traición y luego referirte detalladamente cómo te la hice.

—¡Esa insolencia merece un castigo! ¡Dame tres besos!

No fueron tres besos. Fueron diecisiete, pero para el caso es lo mismo.

Don Tito resolvió, con muy buen acuerdo, que sería inútil querer profundizar en las genialidades de Paquita. Aceptó, por lo tanto, íntegramente el programa, y para hacer boca ordenó a Agustina

que les preparase una merienda rociada con jerez y una botellita de champagne. Y digo una botellita porque conozco a mi hombre y sé que tenía un profundo sentido económico de la vida.





MPEÑÓSE Paquita y no h
remedio : lo primero que te
hacer era escribir su carta. ¿A
quién iba dirigida? Continúa el misterio.

La escribió, puso el sobre y la guardó en su bolso.

—Pero ¿cómo? ¿No la envías a su destinatario ahora mismo?

—No. Ha de permanecer en mi bolso hasta que a mí se me antoje. Y no me preguntes más. Déjame con mis manías.

¡Qué extraño! Había proferido su última frase con voz alterada... Con acento de verdadero enfado. Don Tito creyó lo más prudente abstenerse de nuevas interrogaciones, que podían dar al traste con la delicia de la tarde de amor y relato que ella le había prometido.

El infeliz creyó que con lo de la carta terminarían las genialidades de Paquita. ¡Gran error [illegible]! Apenas terminada la merienda, explotó [illegible]te con esta inesperada exclamación:

—[illegible]s intolerable!

—¿Qué?

—[illegible] monotonía del amor. Ni siquiera hay va[illegible]los... prolegómonos. Debieras inventar [illegible].

—Paquita, por lo que más quieras... ¡No [illegible]es ni me compliques más!

—¿No se te ocurre nada?

—[illegible]soluto. Hacerte mía, que, como el ideal [illegible]nicago, es toda mi ilusión.

—Ya lo sabía yo. Por eso venía prevenida con una idea. Está visto que hay que estar en todo. Bueno, pues fíjate en lo que he imaginado.

—Venga de ahí.

—Tú eres casado.

—Ahora mismo vas a ver mi fe de soltería.

—Te digo que eres casado. Es decir, que suponemos desde este instante que eres casado. Hijo mío, es que no tienes imaginación para nada. Tu mujer no está en casa.

—Desde luego. No está más que Agustina.

—Como me interrumpas otra vez se acaba la función. Tú eres casado. Tu mujer no está en casa. Ha sonado el timbre de la puerta y entro yo. Pero yo no soy yo.

—Desde luego. Tú eres un demonio.



—¡Verdaderamente, las pantorrillas están muy bien!

—Yo soy aprendiza de un taller de costura y vengo con una caja muy grande. En la caja traigo un vestido para tu mujer. Tú me miras y compruebas que no estoy mal del todo, que soy una chiquilla de dieciséis años—más pequeña sería un crimen—y que tengo una deliciosa cara de pilluela, muy bien disimulada por los más cándidos gestos de inocencia. En vista de lo gracioso y atrayente de mi personilla, me dices que tu mujer no está en casa, pero que no puede tardar. Me traes aquí a tu despacho, me haces sentar en ese gran sofá de gutapercha, empiezas a hacerme preguntas y hábilmente descubres que soy una niña *paqueada,* pervertida precozmente, más que por vicio, por amor al lujo. Puedes descubrir, también, por ejemplo, que tengo tres hermanas, que dos de ellas son tanguistas y la otra... entretenida con un señorón muy rico.

—Hija mía, yo no necesito tantos requilorios para entrar en faena.

—¡Qué incomprensivo eres! Te digo los antecedentes de la chica para tranquilizar tu conciencia, para que ésta no te reproche que estás corrompiendo a una menor...

—Oye, Paquita, ¿tú tienes muchas faltas de ortografía?

—Ninguna. ¿Por qué?

—Y de estilo, ¿cómo andas?

—En auto de lujo.

—Lo digo porque con esa imaginación podías

escribir una cosita para LA NOVELA SUGESTIVA.

—¿Tú crees que me la publicarían?

—Yo creo que sí. Sobre todo, si te contienes. Si escribes cosas alegres, divertidas, pero no indecentes. Yo sé quien lleva todo aquel cotarro. Es gente de buen gusto. Y tú posees ese don inapreciable de decir las cosas más tremendas sin una palabra, sin un gsto chabacano. Prueba a ver.

—¡Quién sabe si algún día!... Ahora, vamos a lo nuestro. ¡Ah! Para hacernos mejor la ilusión de la realidad, yo no me llamo Paquita. ¿Cómo me llamo yo? Ya está... Sole. Me llamo Sole, que es nombre de chulilla madrileña. Y tú... Tú te llamas don Amadeo.

—¿De Saboya?

—De Sablanda nada más. Don Amadeo... acaba de levantarse el telón...





ON AMADEO.—Nena, siéntate ahí en el diván. Estarás más cómoda.

SOLE. *(sentándose)*. — Muchas gracias.

DON AMADEO.—Ya te digo... Mi mujer tardará poco en llegar. *(Pausa.)* ¿Me dejas que me siente a tu lado?

SOLE.—Es usted muy dueño.

DON AMADEO *(sentándose al lado de Paquita... digo de Sole, aproximándose a ella lo más posible y comiéndose con los ojos las soberbias pantorrillas, los rojos y frescos labios y las dos erectas y perturbadoras protuberancias de los pechos).*— Oye, nena, ¿sabes que eres muy mona? ¿Cómo te llamas? ¿Qué edad tienes?

(La pequeña Sole responde a estas preguntas con los datos que ya conoce el lector.)

DON AMADEO.—Muy bien, nena. Muy bien.

¿Tienes hermanas? *(Y don Amadeo vuelve a oír lo de las dos hermanas tanguistas, lo de la otra entretenida—lo que Sole da a entender con una larga serie de ruborosos y complicados rodeos.)* Lo que no tendrás será novio... A tu edad, las niñas buenas no tienen novio.

SOLE.—Pues sí que lo tengo. El chico de la maestra.

DON AMADEO.—¡Vaya suerte de niño! *(Se apodera de una mano.)* ¡Qué manos más lindas! ¿Te las arreglas tú misma? *¿Polissoir?*

SOLE.—*Polissoir* y carmín.

DON AMADEO.—Así las tienes. Vamos, lo que se dice para comérselas a besos. *(¿Habrá que decir que une la acción a la palabra? Pero ocurre que cuando don Amadeo espera una protesta más o menos fingida, lo que oye de la Sole es esto solamente.)*

SOLE.—¡Pero qué atrevidos son los hombres!

DON AMADEO.—Es que no hay quien se esté tranquilo con un encanto de chiquilla como tú. Pero, oye, a mí no me digas... Esos pechos son de goma... No es posible que se puedan tener unos pechos tan bien formados... ¿Que no son de goma? ¿Cuánto te apuestas?

—SOLE.—¡Ay, señorito! Estése usted quieto. ¡Mire usted que si nos vieran!...

DON AMADEO.—¡Ay, chiquilla de mi alma! Pero ¿es que quieres tú que yo te compre un hotelito al final de la Castellana?

SOLE.—Sí, sí... Ya me contentaría yo con un par de zapatos y un par de medias...

DON AMADEO.—Mañana mismo. Ven a recogerlos en la portería. Te digo en la portería por si yo no estoy en casa. Ahora, lo que me parece... es que estás mejor de medio cuerpo para arriba que de medio cuerpo para abajo.

SOLE *(picada en su amor propio).*—¡Ay, eso sí que no! Y, además, limpísima. Una será pobre, pero el agua no es cara. Precisamente, hay quien dice que las pantorrillas es lo mejor que tengo.

DON AMADEO.—No sé... No sé... Será una figuración mía.

SOLE.—Eso será... *(El borde de la falda ha quedado unos centímetros más allá de la rodilla. Don Amadeo hace esfuerzos por no desvanecerse.)*

DON AMADEO.—Verdaderamente, las pantorrillas están muy bien. Ahora que, muchas veces, después de unas piernas bonitas, vienen unas cosas desproporcionadas.

SOLE *(antes de decidirse).*—¿De verdad que puedo venir mañana por los zapatos y las medias? Bueno, entonces... Pero no se lo diga a nadie...

* * *

Aquí termina la inocente farsa imaginada por el encendido cerebro de Paquita. Y termina aquí

porque Paquita... no era solamente el cerebro lo que tenía encendido. No pudo resistir por más tiempo la broma y la interrumpió con la pregunta de si, en fin de cuentas, no sería más confortable dejarse de farsa y sustituirla por una realidad más contundente.

—¡Eres única, única, única!—exclamó él.

—¡Porque se puede, Tito de mi alma!



QUIERAN ustedes o no, hay cosas que no se pueden decir. Y yo no puedo decir todas las cosas que hicieron aquella tarde, en el piso de la calle de Pardiñas, Paquita y don Tito. Pero, vamos, yo me figuro a mis lectores con una poquita de imaginación...

A lo más que yo puedo llegar es a asegurar a ustedes que, depuestas las armas, don Tito, impaciente, demandó a su amiga el relato de aquella aventura que le había prometido.

Ella se apresuró a complacerle, no sin antes devorar unos muslitos de pollo, rociados con una reconfortante solera del 47.

—Vuelvo a repetirte, amor mío—empezó Paquita—, que esta es la penúltima aventura que te cuento. Lo que no quiere decir que es la penúl-

tima que te cuento porque todas las demás que me han ocurrido menos una, ya te las haya contado.

—Ya, ya sé que tienes un repertorio inagotable.

—No es eso. Es, sencillamente, que ya te he contado las de más interés, aparte de que, según mis planes, ya no podré contarte más.

—Mira, Paquita, estás hablando hoy en un lenguaje sibilino que me aterroriza. Antes, lo de la carta... Ahora eso de tus planes. Tú tramas algo.

—Te digo por centésima vez que soy un laberinto. Vamos con mi historia. Podría titularla «La venganza de una amiga celosa». Me ocurrió en Biarritz. Verás... Ya te he hablado en otra ocasión de Angelina Guzmán.

—Hija mía, me has hablado de tanta gente, que ya no recuerdo...

—Angelina Guzmán era aquella tiple del Alkázar, cuyo amigo, Rogelio Buendía, tuvo un pequeño enredo con una servidora.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Una de tus partidas serranas. Eras su mejor amiga, conociste a su novio, te gustó y se lo filfaste.

—No tanto. Me gustaba su novio la mar con los peces y los barcos ingleses, no lo niego. Pero no se lo filfé.

—Tú... hasta has tenido la desfachatez de contarme con todos sus permenores la noche que pasaste con él en su casa.

—Cierto. Pero eso no es filfar a un hombre.

Entre él y yo no ocurrió más que lo que... ¡ay!, ocurrió esa noche.

—¿Te parece poco?

—Por lo menos, me supo a poco. ¡Qué hombre! Nada de vicios ni refinamientos. Pero... ¡qué hombre!

—¿Me permites que te diga que no tienes vergüenza?

—Me da lo mismo. Bueno, a lo que iba. No le filfé el novio a Angelina. Todo lo más se lo tomé de prestado por unas horas, aunque, eso sí, sin la voluntad de su dueña. Pero Angelina es muy rencorosa y no me lo perdonó. El caso es que, un verano, tuvo mi marido que ir a Toulouse a ultimar no sé qué asunto de la Unión Intelectual Franco-Española, y acordamos entrar en Francia por Irún para yo quedar en Biarritz esperando que él terminara sus gestiones. Así lo hicimos. En Biarritz me encontré con Angelina, y, como en el fondo nos queremos mucho...

—¿En qué fondo?

—No te pases de listo. Bien sabes tú que no me gusta Angelina ni ninguna otra mujer. A mí se me puede culpar de todo, menos de ser una degenerada. Me encontré con ella en Biarritz, por cierto, sin Rogelio Buendía, que había sido sustituído por un primo suyo, bastante menos buen mozo, pero de bolsa bastante más repleta. Como en el fondo, repito, nos queríamos mucho, no me extrañó que ella me propusiese que lo pasado pasa-

do y que volviéramos a ser tan buenas amigas como antes.

Yo, por mi parte, encantada, pues todo hay que decirlo... Yo estaba en Biarritz en un plan muy modesto y de Angelina no se puede negar que es una mujer espléndida...

—¡ Hermosísima !

—Lo es también, pero ahora me refería a su generosidad. Con ella iba a todas partes : tés, bailes, casino... Una noche, en una cena benéfica, me presentó a un jovencito francés, rubio, tímido, de grandes ojos azules... Un muchacho muy mono, pero nada más. Tenía veintiún años, pero por su aspecto no pasaba de ser un adolescente tranconcito. Era de Burdeos, de familia rica, y no se ocupaba de otra cosa que de escribir versos y de publicarlos en volúmenes por su cuenta. Todos los años, desde hacía tres, publicaba un par de ellos. Y no te creas, algunos de sus versos eran maravillosos.

—No se te ocurra recitármelos, que ya sabes que para todas esas cosas de arte tengo la sensibilidad de un erizo.

—Ya lo sé. Quizá sea por eso por lo que más me gustas : porque eres un animal perfectamente antiliterario. Y ahora sigo mi historia diciéndote que el muchacho, Arsenio, a mí no me pareció ni fu ni fa. Pero, hijo mío, Angelina se empeñó en exaltarlo a mis ojos, diciéndome que era un encanto de criatura y que, desde Apolo hasta nues-



—Cai rodando sobre la alfombra.

tros días, no se había concebido un tipo más completo de belleza masculina.

Mi primera respuesta fué, naturalmente, que si le gustaba tanto no tenía más que ponerle los ojos tiernos y satisfacer aquel terrible capricho de su imaginación. Ella se me echó a reír y me contestó que no tenía yo que aconsejarle lo que ya sabía ella desde hacía mucho tiempo. Y siguieron los elogios a su finura, a su manera de comportarse en la intimidad, a sus mil delicadezas, a sus infinitas ternuras...

Chico, con toda sinceridad, tanto me elogió *la manera* del joven poeta lírico, que entré en curiosidad. Y tú ya sabes que cuando yo entro en curiosidad no me ando con chiquitas.

Tú ya sabes, también, que cuando una mujer quiere holgorio no tiene más que insinuarlo, que no hay hombre que se resista. Y aun hay mujeres que tienen a orgullo decir que han conseguido todos los hombres que han querido. Naturalmente. A todas nos pasa igual. Lo difícil no es conquistar a un hombre. Lo difícil es retenerlo.

Perdona mi digresión... Se me fué el santo al cielo—lo que tampoco tiene nada de particular, pues el cielo es el único sitio en donde deben estar los santos—. En resumen, que me decidí a probar fortuna con Arsenio y te digo que hasta terminó por excitarme la increíble timidez del muchacho. Y te aseguro que no pude llegar a más en mis insinuaciones. Una noche, paseábamos los

dos solos por la playa, le abracé por la cintura y le dí un beso en la boca y le propuse: «Estoy muy mal de los nervios. El médico me ha aconsejado que duerma siempre con gente cerca... Mi doncella se fué esta tarde a Irún. ¿Quiere usted ayudarme a cumplir la prescripción facultativa?»

—¿A eso le llamas tú «insinuarse»?

—Tratándose del dichoso poeta lírico ni aquello era insinuación ni llegaba a sugerencia. El muy idiota me contestó que lo sentía mucho, pero que tenía que acabar aquella misma noche un poema para su próximo volumen. Como tú comprenderás, todos estos obstáculos no servían sino para aumentar el deseo. ¡Creí ya volverme loca!

Hasta me insolentaba con Angelina culpándola de haberme hecho ilusiones con un hombre que no había manera humana de hacerle entrar por vereda.

Al fin, una noche—¡verdaderamente increíble!—, fué él mismo quien me propuso ir a su casa. Su casa era un precioso chalet en pleno campo, apartado un kilómetro de la carretera de Bayona. ¡Qué noche!



SALIMOS del casino. Angelina nos acompañó hasta el auto y al ir a subir yo, me deslizó al oído:

—¡Qué suerte tienes, Paquita! Vas a pasar una noche inolvidable. ¡Qué lástima que ya se haya cansado de mí!

En pocos minutos llegamos a su chalet. Efectivamente, era un hombrecito lleno de delicadezas, pero nada más. Me había besado en el auto como besan muchos hombres: mal, y no creo que haya que contar como un detalle exquisito el que me condujera a su cuarto dándome golpecitos en las caderas y diciéndome que, al fin, iba a ser suya.

Esto último, más que todo, era una insensatez, pues que yo no había sido suya antes por la sencilla razón de que él se había repuchado—hablando mal y pronto.

Su alcoba, amplia, hermosísima, se abría a un vasto balcón de madera. Llegamos, nos instalamos en el balcón y apuramos unas copas de champagne.

El estaría deseando hacerme suya, pero lo cierto era que no se daba para ello prisa ninguna. Empezó a recitarme versos suyos, y vengan versos y más versos, hasta el punto que yo estuve por estallar y decirle que había ido a su casa con otro designio y que para versos los madrileños nos compramos «La desesperación de Espronceda» en la Puerta del Sol por una perra gorda.

Al cabo, nos levantamos y entramos dentro, cerrando la puerta del balcón. Me ayudó a desnudarme como ayudan a desnudarse casi todos los hombres del mundo: haciéndose un taco.

De pronto me disparó esta pregunta:

—¿Tú sabes de dónde viene la palabra masoquismo?

Yo no tenía la menor idea.

—La palabra masoquismo—me explicó—viene de Sacher Masoch. Mejor dicho, de Masoch.

—Muy señor mío—comenté yo bromeando.

—Masoch era un escritor austriaco, el autor de «La Venus de las Pieles». ¿No conoces «La Venus de las Pieles»?

—En absoluto.

¿Por qué me hablaba con aquella seriedad, con aquella gravedad, sobre todo, con aquella serenidad cuando el espectáculo de mi cuerpo desnudo debía ser como para perder todas las serenidades concebibles?

Pero él siguió imperturbable:

—Pues «La Venus de las Pieles» es una novela en la que, por primera vez—me parece—se produce el tipo de anormalidad erótica, que goza sufriendo físicamente. En «La Venus de las Pieles», el protagonista es el hombre más dichoso de la tierra cuando su amante, con solo un gabán de pieles sobre su cuerpo desnudo, le agracia con unas palizas fenomenales.

Señor, ¡qué extraño! ¿Por qué mientras me contaba todo aquello me miraba tan fijamente a los ojos? Además, dijérase que Arsenio se había transformado.

Ya no era el jovencito delicado y tímido. Hablaba con una seguridad, con un aplomo en él completamente insospechados.

Yo creí llegado el momento de atajarle.

—Bien, querido Arsenio. Todas esas historias, como contadas por ti, son muy bonitas. Pero juraría que tú no me has traído a tu casa para contarme historias.

Se plantó en medio de la pieza y se llevó las manos a la cintura, ni más ni menos que como una corralera de Embajadores.

Para colmo, me lanzó este insulto increíble:

—No. Yo te he traído a mi casa para decirte que a un hombre como yo no se le replica con esa incalificable desvergüenza.

Yo no sabía qué pensar de todo aquello. ¿Se estaría haciendo el gracioso el francesito? Aunque confieso que yo no le veía la gracia por ninguna parte.

Sólo se me ocurrió preguntar:

—¿Qué desvergüenza?

Mi pregunta inocente sólo sirvió para enseriarle más.

—¿No te han dicho nunca que eres la ramera más inmunda que ha nacido de madre?

Ya era demasiado. El jovenzuelo, por muy poeta lírico que fuese, ya empezaba a cargarme. Aquella escenita era sencillamente idiota.

—Bueno, hijo. Estás hoy de un humor delicioso. Pero te aseguro que a mí, cierta clase de bromas, me parecen inadmisbiles.

—¿Tú crees que te hablo en broma?

—Claro. ¿Quieres que piense que te has vuelto loco de repente?

¡Pan! ¿No sabes qué significa este ¡pan!? ¿Cómo podrás saberlo? ¡Tito de mi alma!... ¡Ese ¡pan! significa una bofetada inconmensurable! Te bastará con saber que caí rodando sobre la alfombra.

Sentí un frío de muerte. Decididamente, el pobre Arsenio había enloquecido.

Pero ya comprenderás que a mí me convenía todo menos mostrarme atemorizada. Y así, sacando fuerzas de flaqueza:

—Está bien—le dije aparentando serenidad—.

Ya estarás satisfecho. Y ya, también, que te has portado como un rufián me dejarás que me marche.

Y empecé a vestirme. Pero él me arrancó el vestido de las manos y lo arrojó al suelo.

Fué un verdadero bramido:

—¡Tú no harás más de lo que yo te mande! ¡Te quedarás conmigo aquí encerrada todo el tiempo que a mí se me antoje! Y si se te ocurre gritar, he de comunicarte que estamos solos en la casa. No te oirá nadie. Absolutamente nadie.

Pero toda mi voluntad era impotente para contener mis lágrimas. No pude más y caí de bruces sobre la cama llorando.

Entonces, como ante un milagro, depuso su actitud. Como enternecido, de repente, vino a consolarme.

—¡No llores, alma mía! ¿Te he hecho mucho daño?

Había que aprovechar su inesperado enternecimiento.

—Mucho, Arsenio, mucho. Pero más que el dolor, lo que no te perdono es el susto, el terrible susto que me has dado. ¿A qué viene esta escena?

—No me preguntes. Demasiado lo sabes.

—¿Yo?

—Tú.

Otra vez volvió a obsesionarme la idea de que

me hallaba encerrada como un loco. ¿Era para menos? ¿Que yo sabía?...

Su actitud amable y cariñosa duró muy poco. En seguida se encolerizó de nuevo, me cogió de una mano y de un tirón me obligó a incorporarme.

—¡Basta! ¿Te enteras? ¡Basta! A ver cuando te das cuenta de una vez de que yo no estoy aquí para perder el tiempo.

—Ni yo. No lo perdamos. Olvido la afrenta que me has hecho...

—¿Y qué?

Yo le quería decir que transigiría con ser suya, a pesar de su incalificable comportamiento. Y es que vi en ello un recurso para apaciguarle.

—¿La afrenta que te he hecho? Pero ¿tienes valor para mentir de ese modo? ¡Verás tú ahora!

Se vino hacia mí, y yo creí llegado el momento de defenderme atacando. Fué como una ola de rabia que me cegó. Yo no sé quién me prestó fuerzas en aquel instante. Sólo sé que la bofetada destinada para mí se convirtió en una pañada terrible disparada por mí contra él.

¿Creerás, querido Tito, que mi agresión le enfureció más? Pues, asómbrate, no sólo le calmó como por ensalmo, sino que se apresuró a darme las más expresivas gracias.

—¡Alma de mi alma!—exclamó—. ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

No estaba mal la revelación. Es decir, la revelación, no. Lo que yo creí en aquellos instantes que era una revelación.

Por eso, sin duda, me había preparado antes con el bonito cuento del protagonista de «La Venus de las Pieles».

—¿Esto era todo?—le grité—. ¡Me has provocado, me has insultado y maltratado para que yo te respondiese con la misma violencia! ¡Degenerado! ¿Gozas cuando te golpean? ¡Qué asco! Bien... Acabemos. Me marcho ahora mismo. ¡Ahora mismo! ¡Miserable! ¡Miserable!

¿Saliste de un asombro? Pues prepárate para entrar en otro. Mi aventura es un viaje por un país de montaña y todos son túneles asombrosos. Arsenio al oír mi parrafada, se puso a temblar como un azogado... Empalidece. Veo, como antes en los míos, asomar lágrimas a sus ojos.

Pero todo dura un segundo. Otra reacción, mucho más enérgica, mucho más violenta... Le veo haciendo un esfuerzo sobrehumano para imponerse a sí mismo.

Y ruge:

—¡La viciosa, la degenerada eres tú! ¡Ya está visto! ¡Tanto te gusta maltratar como que te maltraten! ¡Pues voy a complacerte!

¡Madre de mi alma! ¿Tú sabes lo que es un verdadero escándalo, una verdadera orgía de bofetadas? No puedes imaginarte tormenta más espantosa. Claro que nos las repartíamos equitativamente. Porque yo también enloquecí de furor.

Ya no me inquietaba la idea de hallarme encerrada en una habitación con un loco y en una casa perdida en una planicie, a muchos metros de la carretera. Mi única preocupación era vengarme del malhechor.

Después de todo, no era ningún Uzcudun lo que tenía delante. ¿Te he dicho que las tortas nos las repartíamos equitativamente? Eso fué al principio. Al final dominaba yo, lo que quiere decir que yo respondía a sus bofetadas en una proporción de interés compuesto.

Llegó un momento en que nos aferramos el uno al cuerpo del otro, como en una lucha grecorromana, hasta caer ambos al suelo en una confusión apocalíptica de puñetazos, patadas, arañazos y mordeduras.

Al fin, logré incorporarme y corrí hacia el balcón. Como no podía abrirlo con la urgencia que requerían las circunstancias, disparé una silla contra los cristales y por los espacios de la fractura asomé la cabeza y me puse a gritar pidiendo socorro.

Era yo la triunfadora. El, Arsenio, como un guiñapo, había hincado una rodilla en tierra, a mis plantas, y me pedía perdón.

—¡No grite! ¡No pida socorro! ¡Por favor! ¡Qué escándalo! ¡Ahora se lo explicaré todo, todo!

¿Te has fijado, Tito? Ahora volvía a hablarme de usted.

—¡No tenga miedo! ¡Yo le aseguro que no está encerrada con un loco! ¡Cálmese! ¡Cálmese! ¡He sido vilmente, ignominiosamente engañado!

Como tú comprenderás, a mí tampoco me convenía el escándalo. A ninguna mujer le conviene, aunque esté casada con un hombre como mi marido cuyo lema de tranquilidad conyugal es el de no enterarse nunca, nunca de nada.

Pero me pagué la gran satisfacción de asumir una actitud imponente, que me hubieran envidiado Sara Bernard y Eleonora Duse.

Irguiéndome como una reina y extendiendo un brazo le conminé:

—Bien. Explíquese usted ahora mismo. ¡Ahora mismo!





El amigo Tito cogió una mano de Paquita y se la llevó al corazón.

—Mira—le dijo—. Esto no es un corazón. Esto es el bólido de Seagrave.

—¿Qué te parece mi aventura?

—Digna de ti. Pero como no vayas al final en seguida, serás la responsable de mi óbito.

—El final... El final... ¿Pero no te lo figuras?

—No. Ya sabes que tengo menos imaginación que un felpudo.

Paquita hizo una profunda aspiración para darse importancia. Y explicó:

—¿No te he dicho mil veces que Angelina era una mala amiga?

—¿Angelina? ¿Y qué tenía que ver ella?...

—Perdóname, Tito, pero eres un ceporro. Angelina quería a todo trance que yo experimen-

tara una noche de amor con el dichoso poeta lírico...

—Bien, ¿y qué?

—Que lo deseaba porque antes le había dicho a Arsenio que yo era una mujer de caprichos excepcionales y que me placía sobremanera que...

—¿Que te dieran marcha?

—Eso es una ordinariez, pero es muy contundente. Eso fué todo. El chico me hizo en seguida una apasionada declaración de amor. Estaba enamorado de mí desde el día en que le fuí presentada. Así se lo comunicó confidencialmente a Angelina, y ésta vió una ocasión propicia para vengarse de mis devaneos con su novio. Le dijo que yo era una mujer muy difícil y de una sensibilidad tan apagada que necesitaba imperiosamente el excitante de los golpes... Por si esto ya no fuera bastante, le convenció de que no bastaría que me golpease y que era imprescindible que él fingiera también ser un perturbado por mi misma manía erótica.

—¡Qué manera de vender!

—Figúrate... Por eso cuando recibió mi primera torta me llamó «alma de su alma». Pero luego me confesó que vió las estrellas y que a él le gustaban mis golpes tan poco como a mí los suyos. ¡Pobrecillo!...

—Malo, malo... Tú cuando empiezas a compadecer a un hombre...

—Digo pobrecillo porque me aseguró que la



—Esta carta—le dije—te informará.

mayor tristeza de su vida fué saber que yo era una mujer de una sensualidad tan extraviada.

—Claro. Y luego, la mayor alegría de su vida saber que todo había sido pura filfa.

—¡Con lo que me gustan a mí las mujeres normales!—exclamó.

—Calla, Paquita, calla. Lo estoy viendo. Terminásteis entonando un canto a la normalidad.

—¿Cómo un canto? ¡Una cantera!

Y con un gesto delicioso de malicia, concluyó:

—Verdad también que el francesito «trabajaba» el amor estupendamente.

* * *

Me han prohibido terminantemente que describa lo ocurrido entre Paquita y don Tito cuando la primera acabó el relato de su maravillosa aventura. De manera que ustedes perdonen...

Sí puedo decir que, una vez tranquilizados los ánimos, Paquita, con la mayor naturalidad del mundo, se echó abajo del lecho e intentó despedirse de don Tito.

Pero éste protestó, objetando que Paquita le había prometido el relato de dos aventuras, siendo así que sólo una le había referido.

La muy ingratona, sin decir palabra, se fué a su bolso y sacó de él la carta que había escrito.

—Esta carta—le dijo—te informará de cuál ha

sido esa última anécdota que no te he contado.

—¿Ahora resulta que esa carta me la escribías a mí?

—Exactamente.

—Pero eso es absurdo. Si me tenías a tu lado, ¿para qué me escribías?

—Porque es indispensable que te enteres de lo que te digo cuando yo ya me haya marchado. Dame un beso.

¡Chas!

—Otro.

¡Chas! ¡Chas!

—Otro.

¡Chas! ¡Chas! ¡Chas!

—¡Qué tonta soy! ¡No sé qué me pasa! ¿Pues no estoy un poco conmovida? Adiós y perdóname.

—¿Qué quieres que te perdone?

—No sé... Es un presentimiento. Perdóname.

Y la sin par Paquita salió precipitadamente de la alcoba.





ON Tito no sabía qué pensar de las ya un poco excesivas extravagancias de su querida. Al verla salir intentó detenerla. La llamó a grandes voces, ordenó a Agustina que la siguiera hasta la calle. Todo inútil. Ella se limitaba a contestar que le era imposible volver.

En su vista, don Tito se resignó a hacer lo único que le permitían las circunstancias: rasgar el sobre y leer la misteriosa carta de Paquita.

Doy a ustedes mi palabra de honor de que la carta decía así:

«Querido Tito: Se acabó lo que se daba. Al escribirte esta carta—en tu mismo cuarto, delante de ti—hace unos minutos que te he prometido contarte mis dos últimas aventuras. La primera te la habré contado ya verbalmente cuando leas la carta y la segunda y última la habremos vivido también cuando la leas.

»Mañana me voy con mi marido a un pueblecito de Santander y he decidido que esta partida dé fin a nuestro «enredo».

»¿Por qué? Voy a decírtelo, aunque tengo la seguridad de que no vas a creerme. Mira, Tito, yo me he disculpado siempre, hasta donde era posible, ante mi propia conciencia, pensando que, en realidad, yo era infiel a mi marido con la parte más inde ente de mi cuerpo.

»Mi corazón—no un corazón de enamorada, pero sí, en fin, un corazón henchido de humana ternura—; mi corazón, repito, salía intacto de todas mis liviandades. Y esto me daba ánimos para... volver a pecar.

»¿No comprendes? Yo he obedecido siempre al imperativo categórico del deber, siempre que fuera compatible con el imperativo categórico de mi temperamento. Mi deber estriba en atender y mimar a mi pobre esposo y hacerle amable, hasta donde pueda, sus años de vejez y decrepitud. Con mis locuras «temperamentales» este santo deber no corría el riesgo de quedar incumplido.

»Pero he aquí, amigo Tito, que en mi última aventura, es decir en mi último enredo—contigo—, el corazón empezaba a interesarse. ¡Y eso no! ¡Eso sí que no! En mi sensualidad mandarás tú, porque puedes. Pero en el tesoro de mi ternura no manda nadie más que él, mi marido, porque es el único que puede.

»A interesarme por ti. Sí, a interesarme... Yo

te aseguro que, una vez separada de un amante—del que fuera—ya no me acordaba de él para nada. Pero, ¡ay!, contigo no me ha pasado igual.

»¿Y sabes lo que me decidió a esta separación? La enfermedad de mi marido. Durante ello fué cuando me di cuenta de que tú... de que tú me tirabas, me tirabas. ¡Y eso no! ¡Eso sí que no!

»En resumen: porque me conozco, no te hago juramento de que tú eres mi última locura. No. No sé lo que luego pasará. Lo que sí te juro es que nuestro idilio ha terminado, porque tú, como amante para el lecho exclusivamente, no me convienes. Tú quieres entrarte corazoncito adentro... ¡Y eso no! ¡¡Eso sí que no!!

»Nada más, Tito. Muchas gracias por los buenos ratos que me has hecho pasar. Si lo deseas, puedo extenderte un certificado ponderando tus excelentes cualidades de «trabajador» de señoras, que digan lo que digan las crónicas, es en lo que tú estás verdaderamente bien.

»¡Y a vivir! De todas estas miserias de nuestra carne, salvemos el corazón, por lo menos.

»Tu ex amiga, *Paquita*.»

* * *

Don Tito, que era un cerdo sentimental bastante aceptable, al terminar la lectura de la carta

sintió que dos melones le rodaban por las mejillas.

—¡Qué tristeza!—exclamó—. ¡Qué tristeza de vida! ¡Y tú con tus cuarenta y dos años, solo, solo, solo!... Es decir, solo, no... Esa buena Agustina me atiende muy bien, pero que muy bien. ¡Ah, y para mí que en cuanto yo me insinuara!... ¡Agustina!... ¿Y si yo?... Porque, ¿quién se opone a buscar esposa? Sobre todo, en este siglo de las falsificaciones. Claro, también, que casarse con la criada... ¡Qué caray! ¡Casarse con la criada es el final de casi todos los tenorios!...



LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre	» 12	Semestre	» 24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA

Apartado 8.012

MADRID

PRONTO

LA NOVELA FANTÁSTICA

100 páginas de lectura emocionante y de insuperable interés. Las mejores novelas de su género de los mejores autores del mundo.

Ejemplar: **50** cts.

LEA USTED

LA NOVELA FAMOSA

Publicación quincenal

UNA PESETA